

Qué cosas hace un arqueólogo

Uno de los aspectos más interesantes de hacer arqueología urbana es la posibilidad de realizar, en medio de una vereda cualquiera, un trabajo que en general se supone que sólo se desarrolla en lejanos desiertos o montañas. Así, el público puede asomarse al balcón de su casa y seguir paso a paso la excavación de los restos de un antiguo convento o ver qué se recupera de los escombros de una casa colonial en el mismo paseo que los lleva a la panadería.

Claro que no todo el que mira ve allí una actividad científica, algunos creen asistir a un extraño evento recreativo. Cuatro o cinco cuadrículas de 1 x 1 m y 1,50 m de profundidad, abiertas en un parque urbano cualquiera motivan entonces comentarios como los que siguen:

“¿Están limpiando las raíces de los árboles?”, preguntó una viejita muy viejita y amable de La Plata. Le dijimos que sí porque parecía estar muy contenta de que alguien se ocupara de la descuidada vegetación del lugar.

“¿Están construyendo una casa?”, preguntó una alumna de una escuela secundaria cercana en Londres, Catamarca. Le dijimos que no, que cómo se le ocurría que alguien pudiera construir una casa en el medio de una plaza.

“Ay, que divinos, ¿son hippies ...? ¿Venden mates?”, dijo una señora paquetísima de Santiago del Estero, que pasó por el parque en el que estábamos excavando con un perrito bajo el brazo. No alcanzamos a contestarle nada porque habíamos estado al sol seis horas seguidas y apenas conseguíamos sostenernos abrazados a las palas.

“¡Locooooo ... No se puede robar pasto de acá, los van a agarrar!”, gritó, también en Santiago del Estero, un chico que pasó en un carrito cuando nos vio remover los panes de pasto de un jardín histórico antes de excavar, para poder ponerlos de nuevo cuando cerráramos las cuadrículas. Por las dudas y para



futuras referencias, le agradecemos el aviso.

Por supuesto que además de los que preguntan, están los que opinan. Nos resulta imborrable el recuerdo de un matrimonio de arquitectos platenses que salía a hacer *footing* todos los días por el Paseo del Bosque de la ciudad, y que el mismo día que empezamos con las excavaciones en un boulevard próximo a la cancha de Gimnasia, sentenciaron: “¡No sabemos qué están buscando pero acá no va a estar!”. Envidiable certeza a la que se aferraron incluso cuando tres semanas después se acercaron de nuevo a las cuadrículas a ver cómo perdíamos nuestro tiempo y no quisieron terminar de ver los 28 metros lineales de cimientos de la vieja estancia Iraola que habíamos encontrado.

Otras intervenciones de terceros, en cambio, nos recuerdan que nuestra profesión aún resulta misteriosa y distante para muchos. En nuestra primera campaña de excavación en Roque Pérez, en la casa de Perón, los papás de una compañera decidieron hacernos una visita pero se perdieron en la entrada del pueblo, por lo que empezaron a preguntar para tratar de encontrar el sitio. Tras varios intentos infructuosos de localizarnos, fue una señora amabilísima la que les dio el dato “posta”: “Ah, sí, claro, ¿ustedes están buscando a los astrólogos? Sigán derechito por esta calle, nomás, y ahí donde casi se termina, a la izquierda, los van a encontrar”.

Ana Igareta